otros, y hasta las confesaríamos justas si nos atribuyésemos las grandezas que según ellos nos atribuímos; pero toda vez que sus burlas se dirigen á la idea misma del prometido Gran Monarca no conocido aún, responderemos á su estulta incredulidad con algo de lo que el Angel de Esdras, en la persona de éste, dijo al Gran Monarca, anunciándole en nombre de Dios lo que en su tiempo acontecería. Es como sigue, tomado del lib. IV, cap. XV:

«Anda y publica entre mi plebe las profecías que yo pusiere en tu boca, dice el Señor, y hazlas escribir en un libro, porque son fieles y verdaderas.

»*No temas lo que se piensa contra tí, ni te turbes por la incredulidad de los que se burlan, pues todo incrédulo morirá en su incredulidad.*

»He aquí, dice el Señor, que yo voy á inundar de males todo el orbe, entregándolo á la espada, al hambre, á la muerte, á la ruina, porque la iniquidad ha contaminado toda la tierra y los hombres con sus malas obras han llenado la medida. Por lo cual, esto dice el Señor: Ya no aguantaré más las impiedades de los que obran irreligiosamente, ni toleraré las iniquidades que ejercen. He aquí que lavanta á mí sus clamores la sangre inocente y justa; las almas de los justos claman á mí sin cesar. Yo les vengaré, dice el Señor, y recibiré la sangre inocente de ellos.

»He aquí que mi pueblo es conducido como rebaño al matadero: no sufriré ya que habite más tiempo la tierra de Egipto (tierra de Cam, de penas, de turbación, de opresión; moralmente, dominación de los impíos), sino que la sacaré de ella con poderosa mano y brazo excelso, y heriré ese Egipto con las plagas de otro tiempo y desolaré toda su tierra.

»¡Ay del siglo y de los que viven según el siglo! La espada se acerca, pronto serán quebrantados: se levantará en guerra gente contra gente, armados de terribles lanzas, pues dominará la inestabilidad en los hombres, y valiéndose unos de otros menospreciarán á su rey y los príncipes fundarán sus acciones en su fuerza.

»No compadecerá el hombre á su prójimo para entrar á saco en su casa y robarle sus bienes, gracias al hambre y á la gran tribulación de entonces.

»He aquí que yo convoco, dice el Señor, todos los reyes de la tierra para que me reverencien: los de Oriente, los del Austro, los del Euro, los del Líbano, para que se conviertan y

devuelvan lo que les dieron. Como se obra hoy con mis escogidos, así obraré yo, dando á cada uno lo que merezca».

(*Luz Católica*, núm. 69=30 Enero 1902).

III

Un paso más... ó menos.

Uno de nuestros mejores amigos nos remite la siguiente descripción de un ensueño para que le demos publicidad. Se la damos por ser de quien es, persona que nos parece incapaz de fingir semejantes cosas; pero excusamos decir que no le damos más autoridad de la que puede tener una privada visión de esta índole.

«Rdo. Padre y señor de todo mi respeto: un sueño especial tuve una de estas noches atrás, y si bien no quería darle más importancia que la de un sueño, no pude, sin embargo, sustraerme á la curiosidad de anotarlo, para recuerdo. Lo comuniqué á un entusiasta lector de *Luz Católica* y le llamó bastante la atención, diciéndome repetidas veces que lo mandase á V. Obedezco, y copio, de la nota que guardo, lo que sigue:

La noche del 19 del mes de Septiembre actual se me representó, en sueños, el Cielo de color de fuego, y del horizonte veíanse surgir agitadas las nubes como impulsadas por un volcán que rodeaba casi toda la tierra, la cual se hallaba revuelta y en espantosa confusión, amenazando todo ruina y destrucción. Sólo se divisaba un claro ó faja de terreno que, partiendo de oriente hacia occidente, quedaba cortada antes de llegar á su extremo. En ese espacio no penetraba la imponente tempestad (1) y las personas que en él había no cesaban de dar vivas al Gran Monarca. ¿A quién aclamaban por Gran Monarca? Pues á un humilde sacerdote..... único personaje que pude conocer y distinguir con toda perfección.

En la misma dirección que la faja de terreno arriba dicha, había una accidentadísima pendiente, por la cual bajábamos rodando hacia un abismo sin fin, uno de esos seres (2) incré-

(1) En realidad no era tempestad, sino un estado excepcional de la naturaleza, que no sé cómo expresarlo.

(2) Conocido mío, y compañero de trabajo.

dulos por sistema ó más bien por ignorancia, en materia de religión, y el que esto escribe; y mientras él desaparecía..... quedaba yo detenido en un sendero, oculto por la cornisa que formaba el terreno, el cual conducía al punto donde se hallaba el Gran Monarca; pero tan angosto era este sendero, que para dirigirme hacia allí, tuve que deslizarme casi arrastrando mi cuerpo, sin que pueda precisar si llegué ó no al punto citado.

Grande impresión me producía este sueño, y entonces recordaba (no puedo decir con exactitud si durmiendo ó estando ya despierto) los sueños anunciados por S. Vicente Ferrer en sus profecías referentes á los tiempos actuales».—24 de Septiembre de 1902.

(*Luz Católica*, núm. 105=9 Octubre 1902).

Si todos tuvieran la prudencia del autor de las precedentes líneas, más de un compromiso nos ahorrarían. Nos molesta, en verdad, por las consecuencias que puede traer un juicio prematuro sobre la personalidad del Gran Monarca, que varios de nuestros amigos, ya por escrito, ya verbalmente, nos declaren su terminante opinión ó sus juicios en este punto. Hemos tenido que suprimir artículos enteros destinados á la publicación, y de otros muchos hemos cortado frases *demasiado claras*.

No obstante, afirman los aludidos que ellos no dicen más de lo que dice *Luz Católica*, y en esto se equivocan mucho. Otros añaden: la culpa es de V., por ser *demasiado claro* en esa materia.

Síguese de ahí que pecamos nosotros por la *demasiada claridad* que suprimimos en los otros... Pues para responder á todos de una vez, he aquí lo que, hace unos días, escribimos á un Sacerdote amigo:

«Dice V. que si cree tantas cosas de mí, yo tengo la culpa por hablar tan claro. ¡Oh amigo! digo lo necesario para mantener la esperanza; pero *me reservo muchas cosas, por no ser tan claro*. V. gr., me reservo que el hombre *«pobre y desnudo, como dice un profeta* (1), *tendrá antes de su nombre el antepuesto de religioso*,—como es Fray ó Padre,—*y será puesto en dura cárcel por los consejos de un mal Pastor»;* lo cual se ha cumplido

(1) Vease *Liber Mirabilis*, pág. 171, fin. (París. Libraire Catholique d' Edouard Bricon, 1831).

cruelmente en mí dos veces, y sin embargo lo reputo nada y no me ilusiono».

Detalles como el indicado, daríamos muchos si esos comentarios de nuestros amigos no nos impusieran mucha reserva. ¡Válgame Dios! ¿No hay en el mundo más que una persona á quien convengan las señales que se dan del indicado personaje? ¿No hay más que una? ¡Piénsenlo bien nuestros amigos y no nos pongan en compromisos inútiles y peligrosos!

(*Luz Católica*, núm. 107=28 Octubre 1902).

De todos modos hemos dado, verdaderamente, un gran paso en la materia de que estamos tratando, con el feliz hallazgo debido á un eruditísimo bibliófilo y adicto amigo nuestro, que se dignó visitarnos para darnos á conocer una predicción ó profecía latina rarísima, del siglo XV, publicada en Valencia 41 años después que la pronunció el vidente, y copiada poco después en un manuscrito que dicho amigo nos trajo y tenemos á la vista. Otra copia tanto ó más antigua que esta ha leído el mismo amigo en el Archivo General del Reino, de esta ciudad.

Tratándose de interpretar profecías, han visto nuestros lectores como siempre hemos sido sobrios y cautos en descorrer el velo sobre la personalidad del Gran Monarca; pero cuando no es ya cosa de interpretación ni de descubrir secretos propios, sino cosa que una profecía anuncia terminantemente, y que la Providencia pone en nuestras manos, faltaríamos si, por temor á burlas, no la diésemos á conocer á nuestros lectores. He aquí, pues, una traducción rigurosamente literal de dicha predicción ó profecía, tomada de tan antiguo manuscrito.

«**Profecía sobre un Rey Valenciano**, *según Jerónimo Torrella, médico valenciano, en la obra* DE YMAGINIBUS ASTROLOGIAE, *dedicada al Rey Fernando el Católico, impresa en Valencia año del Señor 1496.—En la tercera parte de la obra se halla escrito lo siguiente que con toda fidelidad traslado»:*

«Por Dios inmortal, oh invictísimo Rey (Fernando el Ca-

tólico), leed lo que de un Rey valenciano escribió cierto Eremita Constantinopolitano el año 1455. Sus palabras son estas:

»Levántate, vespertilio (1), levántate; levántate y toma la aljaba y el escudo; persigue á los secuaces de la secta mahometana y de la judaica y disponlos para que se conviertan con el auxilio de Jesús á su ley. Tú te granjearás con victoria la amistad del Rey de los francos, depondrás en España á un Rey reo de pravedad herética, y en su principal ciudad (2) obtendrás una corona áurea y famosa.

»Todos los Reyes vecinos establecerán también amistad contigo (3); aquende y allende serás Rey de los francos y de una y otra Sicilia, y humillarás á tres reyes de tu linaje (4).

»Parte para Italia, y todas las comunidades y todos los dominios italianos estarán bajo tu mando; y además, los otros dominios te serán tributarios; y tendrás hijos de una esposa unida á tí por consanguinidad (5).

»Depondrás por fin á todos los Reyes mahometanos meridionales de sus dominios, y serás hecho Señor y Rey de ellos. También vencerás á los reyes orientales y conquistarás con tu ejército la Casa Santa de Jerusalén.

»Ciertamente ascenderás al Imperio, y sin género de duda serás Monarca, tú ó tu heredero (6), y siempre seréis vencedores y nunca vencidos; porque el vespertilio coronado con corona áurea fué visto por mí en una visión, cerca del mar Mediterráneo, distante sólo tres mil pasos; y pensando yo quién podía ser este vespertilio, consideró mi ánimo que sería Rey ó Príncipe, coronado en la ciudad de Valencia. (7).

«Sé muy cierto que esto será así, y espero, por lo tanto, que todo lo dicho será realizado por un Rey ó Príncipe del Reino de Valencia».

---

(1) Murciélago, en valenciano *Rat-Penat*, que es un símbolo de las glorias valencianas y corona el escudo de la ciudad del Cid y Jaime el Conquistador.

(2) De España. Hoy la principal es Barcelona.

(3) Antes del triunfo general que luego describe.

(4) Borbón, según varios profetas.

(5) Es decir, que se le hará contraer matrimonio con una parienta suya por consanguinidad, y por lo tanto, noble como el, aunque probablemente pobre. Rarísimo es este anuncio.

(6) Aquí parece haber error de copia, á no ser que la profecía quiera decir en este pasaje que será también Monarca de algún pais que no expresa.

(7) Indudablemente no se refiere á la coronación principal, ó imperial, de la que los profetas hablan mucho, sino á una particular del Reino Valenciano: he aquí nna prueba notable del regionalismo del Gran Monarca.

Hasta aquí el manuscrito. ¿Será este Rey valenciano aquel á quien otra predicción (1) llama *«Príncipe de cuerpo seco y delicado,* cuyo señorío será sobre todos los Reyes y alcanzará victoria de sus enemigos?» Sea quien fuere, es notable que valencianos como el Beato Nicolás Factor, Jerónimo Torrella, Francisco Navarro de Játiva y otros, y sobre todo San Vicente Ferrer, digan tantas y tan magníficas cosas de este futuro Rey. La profecía del Beato Nicolás, con otras dos notables predicciones, fué ya publicada en el tomo 1.º, capítulo I. Las de San Vicente Ferrer hemos citado varias veces, y de Francisco Navarro pondremos en otras ocasiones algunos trozos.

Volvamos á la del Eremita constantinopolitano. ¿Es auténtica? ¿Es verdadera profecía? Parace muy probable que sí, por no decir que nos parece absolutamente cierto. He aquí nuestra razón:

Esta predicción es un compendio maravilloso de todas las profecías análogas y explicativa de algunos puntos capitales que en ellas se suponen sin expresarlos y en ésta se expresan con claridad. Conviniendo, pues, con todas y explicando muchas, necesariamente ha de ser verdadera, según las reglas exegéticas de la hermenéutica. A mucho tirar, podríamos conceder gratuitamente que es un mero compendio de profecías en aquel tiempo conocidas; mas no por eso tiene menor autoridad, sino mayor, por lo mismo que no es de un solo profeta, sino de varios.

Y es notable, y para nosotros sumamente satisfactorio, que esta profecía no sólo compendia y confirma las demás, sino también todo cuanto por nuestra cuenta hemos dicho sobre ellas en *Luz Católica.* Sea eternamente alabada la divina Providencia. Ahora que más que nunca nos vemos combatidos en público y en secreto por estas y otras cosas, en tales proporcio-

(1) Adoptada por el Maestro Salazar, cuyo texto dimos y ahora hemos comparado con una copia del siglo XVI que tenemos á la vista.

nes que, obligados á desenredar infernales madejas y descubrir lazos, nuestra pobre salud ha tenido que resentirse notablemente y quizá para mucho tiempo, ahora el Señor nos envía al buen amigo con la copia de tan rara profecía, que hace buenas nuestras interpretaciones, para que la satisfacción espiritual compense por un lado lo que padecemos por otro, y sea su divina Bondad alabada por los que tienen fe y nos leen esperando en El. Hemos dado un gran paso. Dios sea bendito y en todo nos conduzca á procurar su honor y gloria.

Sin duda parecerá extraño que el Gran Rey sea aquí simbolizado por un vespertilio ó murciélago; mas aquel á quien esto se le antoje indigno, tenga presente cuál fué el papel del murciélago en las valencianas conquistas de Jaime I, y recuerde que no se desdeñó nunca Valencia de ostentar el murciélago en su blasón, ni de titularse *Lo Rat Penat* una de sus corporaciones más ilustres.

San Anselmo y el Beato Joaquín de Flora compararon el Gran Rey al cuervo; el Eremita de Constantinopla lo compara al murciélago, por muchas razones al parecer. Porque será valenciano, y el símbolo de las glorias valencianas es el murciélago; porque será reputado vil é inmundo como este animalejo; porque aparecerá en la noche de los más negros errores y de las confusiones más inauditas; porque hasta entonces vivirá en las sombras de su oscuridad, vagando de una parte á otra difamado y ennegrecido como por una maldición; porque limpiará de perversos la tierra, así como el murciélago limpia de gusanos la atmósfera; porque tendrá dos estados, el sacerdotal y el que esta profecía le señala, así como el murciélago pertenece á las aves y á los mamíferos, conviniendo con ellos por cada una de estas cosas y siendo distinto de todos por las dos juntas.

Otras muchas semejanzas podríamos sacar; pero

bastan esas para comprender la propiedad de tal comparación profética.

IV

La Providencia y los restauradores.

Conviene, en estos tiempos de poca fe y de gran postración nacional, avivar la confianza en Dios que muchos han perdido, como si Dios no se cuidara del gobierno de los pueblos: el deísmo práctico está de moda. Dejemos, pues, las historias de los hombres y veamos qué nos dice la Historia de Dios, única infalible. Aprendamos en la misión de Gedeón ó Jerobaal cómo salva el Señor los pueblos oprimidos y arrepentidos, teniendo en cuenta que la historia del gran caudillo se ha repetido y repetirá cuantas veces plazca á Dios, aunque las circunstancias en que se repite no sean las mismas, bien que hoy son casi idénticas. Todo lo que sigue es extracto literal del libro de los Jueces, cap. VI y siguientes.

Muerto Barac, que fué un salvador de Israel, pecaron nuevamente los hijos de Israel en la presencia del Señor, el cual los entregó por siete años en manos de los madianitas, quienes los oprimieron en tanto grado, que se vieron obligados á abrir cuevas y grutas en los montes para guarecerse; porque venían los madianitas con todos sus ganados y tiendas, y á manera de langostas cubría todos los campos una multitud innumerable de hombres y de camellos, desolándolo todo por donde pasaban, con lo cual los israelitas fueron en extremo humillados bajo el poder de los madianitas.

Al fin clamaron al Señor pidiendo auxilio contra ellos, y el Señor les envió un profeta, el cual les habló de esta manera: Esto dice el Señor Dios de Israel: Yo

soy el que os saqué de la casa de la esclavitud... pero vosotros no habéis querido escuchar mi voz.

Después de estas reconvenciones, como Gedeón estuviese sacudiendo y limpiando el grano en un lagar para esconderle de los madianitas, aparecióse el Angel del Señor y le dijo: El Señor es contigo, oh tú, el más valeroso de los hombres. A lo que respondió Gedeón: Suplícote, Señor mío, me digas: Si el Señor está con nosotros, ¿cómo es que nos han sobrevenido todos estos males? Lo cierto es que ahora el Señor nos ha desamparado y entregado en poder de Madián.

Entonces el Angel, en nombre del Señor, echó una mirada sobre él y díjole: Anda, ve con ese tu valor y libertarás á Israel del poder de Madián; sábete que Yo soy el que te envío.

Respondió Gedeón, y dijo: ¡Ah, Señor mío!, ruégote que me digas cómo he de poder yo libertar á Israel. Tú ves que mi familia es la ínfima en la tribu de Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre.

Díjole el Angel: Yo seré contigo, y derrotarás á Madián como si fuese un solo hombre.

. . . .

Entretanto, todos los de Madián y de Amalec y los pueblos orientales se juntaron á una, y pasando el Jordán, acamparon en el valle de Jezrael. Mas el espíritu del Señor se apoderó de Gedeón, el cual, tocando la trompeta, convocó á la familia de Abiezer para que le siguiese; envió asimismo mensajeros á la tribu de Manasés, que también le siguió; é igualmente á las de Aser, de Zabulón y de Neftalí, que asimismo salieron á juntarse con él.

Dijo entonces el Señor á Gedeón: Mucha gente tienes contigo: no será Madián entregado en manos de ella, porque no se glorie contra mí Israel y diga: Mi valor me ha libertado. Habla al pueblo y haz pregonar de manera que lo oigan todos: El que sea medroso y

cobarde, que se vuelva. Y se volvieron veintidós mil hombres de la tropa, quedándose solamente diez mil.

Mas el Señor dijo á Gedeón: Aun hay mucha gente; guíalos al agua, que allí los probaré. Los que bebieren el agua llevada á su boca con la mano, los separarás á un lado, y al otro pondrás los que beban de bruces.

Fueron, pues, los que bebieron el agua con la mano trescientos hombres. En seguida dijo el Señor á Gedeón: Con estos trescientos hombres os libertaré y haré caer á Madián en vuestro poder: retírese toda la demás tropa.

Dividió luégo Gedeón los trescientos hombres en tres cuerpos, y puso en manos de cada uno una trompeta y una vasija de barro vacía, y dentro de ésta una tea encendida. Comenzaron á tocar las trompetas y á quebrar unas vasijas con otras; y haciendo resonar el ruido alrededor del campamento por tres puntos diferentes, gritaron todos: ¡La espada del Señor y de Gedeón!

Y el Señor hizo que sus enemigos tirasen de las espadas unos contra otros sin conocerse, de suerte que se degollaban entre sí, huyendo hasta Betsetta y hasta los confines de Abelmeula. Y Gedeón despachó mensajeros á toda la montaña de Efraim; y persiguieron á los madianitas y llevaron las cabezas de Oret y Zeb á Gedeón, habiendo sido muertos ciento y veinte mil madianitas.

Zebee y Salmana echaron á huir; mas persiguiéndolos Gedeón, los prendió, después de haber desbaratado todo su ejército. Acercóse Gedeón y mató á Zebee y á Salmana, y tomó después todos los adornos y lunetas de oro con que suelen engalanarse los cuellos de los camellos de los reyes.

Después de esto, todos los israelitas dijeron á Gedeón: Sé tú nuestro príncipe, y después de tí, tu

hijo y tu nieto, ya que nos has librado del poder de Madián.

Lectores, de análoga manera se ha de librar España, ó España no tiene remedio.

V

El Restaurador. (1)

¿Cuándo se obrará esta maravilla? ¿Quién será el nuevo Aparisi? ¿No es de paz la bandera de Aparisi? ¿Cómo una bandera de paz ha de hacer semejante prodigio?

¿Cómo? *Si vis pacem, para bellum.* Cuando el Aparisi de la «Guardilla» ha dicho á todos inútilmente palabras de amor y de paz, clama el Aparisi «Rústico» amenazando con la ira de Dios.

La ira de Dios que nos ha de envolver para que el llanto apague nuestros odios sociales y nos lleve á la paz, ha tenido intérpretes superiores á la común previsión de los mortales, ha tenido profetas que en nombre de Dios anunciaron la época terrible en que estamos entrando, profetas invulnerables á toda crítica ó duda sólida, y esos profetas de la Ley de Gracia, acordes con los de la Ley antigua y con lo que todos actualmente prevemos y sentimos, anuncian la guerra más feroz de las edades, y luégo la restauración del mundo por España y de España por un *Cristo*, un escogido del Rey de Reyes, que hará empuñar á sus huestes la espada vengadora, después que hayan manejado inútilmente la pluma para convertir en paz á los malos.

¿No es donosa ocurrencia, diréis, la de invocar pro-

(1) Este artículo y el siguiente están tomados de nuestro discurso sobre el Españolismo de Aparisi y Guijarro, pronunciado en París.

fecías en esta moderna Babilonia, centro de toda abominación, de toda incredulidad y de toda indiferencia?

¡Ah! ¡también lo es de todas las supersticiones! ¿Con qué derecho han de rechazar profecías auténticas los que á millares se van detrás de cualquier soñadora, ilusa, neurótica, espiritista, hipnotista, cartomancista ó eteromántica? ¿No se ha de conceder á la fe siquiera lo que á la superstición se concede, ni á la sana crítica se ha de dar lo que se da á la pseudo-crítica del filosofismo? ¿Acaso no creyeron en estas profecías millares de hombres tan ilustres y poco crédulos como Napoleón y César Cantú?

Basten estos dos nombres por todos. Si los intérpretes temerarios han desacreditado estas profecías con sus ridículas aplicaciones, no es culpa de los profetas.

¿Pero quién será el «Cristo», el Gran Monarca anunciado, el Aparisi de la pluma y Cid de la espada?

Si yo dispusiera de espacio para traer á discurso las leyes providenciales de la Historia y de la Psicología social, creo lograría probar que el gran hombre ha de ser, antes de grande, pequeño y pobre; el libertador de todos, menospreciado de todos; el fuerte, flaco; el glorioso, humilde; el vencedor, abatido. En esto convienen todas las profecías; pero no hablemos ya de profecías ni de leyes: consideremos solamente algunos hechos.

Determina el Dios de Abraham y de Jacob sacar á su pueblo del tiránico poder de los Faraones, y se vale de un tartamudo fugitivo y acusado de homicidio; entregar Jericó en poder de Josué, y es una mujer la que prepara esta conquista; quebrantar la preponderancia de los madianitas, y un obscuro triguero recibe y cumple esta misión con solos trescientos hombres; castigar al fratricida y usurpador Abimelec, y una mujer le mata con una piedra; acabar con el impío Sísara, y Jael atraviesa las sienes de éste con un clavo; establecer la monarquía en su pueblo, y es elegido un

hombre obscuro que anda buscando las pollinas de su padre; quitar la vida al terrible Goliat, y la honda de un pastorcillo acaba con él; exterminar á Holofernes, y la viuda Judit le corta la cabeza; dar vida á su pueblo cautivo y sentenciado, y muerte al poderoso Amán, y la dulce Ester obtiene lo uno y lo otro; acabar con las hordas de Antíoco, y es el pacífico Matatías quien declara la guerra y funda el ejército de los Macabeos; redimir el mundo, y escoge para encarnarse la mujer más humilde del mundo; fundar su Iglesia, y llama á doce rudos pescadores para que sean los maestros de la humanidad.

Señores, si de nombre no hay más que una Juana de Arco, una María de Molina, una Isabel la Católica, una Agustina de Aragón, de hecho hay muchas en la historia del gobierno de la Providencia. El paso de pastor á rey David ó á caudillo Viriato, se repite cuantas veces place al Dios de los ejércitos. Y ciertamente son tantas las que les place, que el Apóstol formuló la siguiente ley fundamental del gobierno divino:

«*Dios escoge á los necios según el mundo para confundir á los sabios; á los flacos del mundo para confundir á los fuertes; las cosas viles y despreciables del mundo y las que no son, á fin de que ningún mortal se jacte ante su divino acatamiento*».

Hacer lo grande con lo grande no es maravilla; hacer lo grande con lo pequeño, sí. Por eso lo segundo es más propio de Dios que lo primero; por eso el Restaurador futuro se ha de levantar de la nada, y sabrán los hombres que todo se debe á Dios.

Humilde ha de ser el Restaurador futuro, humilde en su condición y en su persona, humilde en sus padecimientos y en sus aspiraciones, para que plenamente se cumpla el divino cántico de la Siempre Pura:

«*Desplegó Dios el poder de su brazo; disipó los intentos*

del corazón de los soberbios; derribó del solio á los poderosos y ensalzó á los humildes».

Pero advertid, señores, que así como Jesucristo es manso y fuerte, Cordero de Dios y León de Judá, así el Restaurador esperado será terriblemente vengador sin dejar de ser humilde. Humilde fué Aparisi y Guijarro, profunda y sinceramente humilde, quizá más humilde que algunos santos; y no por esto dejó de brillar, ó más bien, por esto mismo brilló como astro de primera magnitud, y por esto mismo se llenó de ira contra los tiranos de su patria.

Así será el Restaurador anunciado; humilde con los humildes, fuerte con los orgullosos.

¿Sabéis en qué consiste el orgullo, señores y amigos míos? ¿Sabéis en qué se distingue de la ira? Estudiémoslo:

VI

Ira y esperanza.

El orgullo es siniestro como una noche de tempestad, ancho y profundo como los abismos, devastador como la muerte.

Para cada virtud hay un vicio contrario; el orgullo los abraza todos, ataca todas las virtudes y las acecha de un modo que le es peculiar, introduciéndose como amigo en las buenas obras para arruinarlas bajo las deslumbradoras apariencias de la hipocresía: *etiam bonis operibus insidiatur ut pereant*, dijo el inmortal Doctor de Hipona.

Y con ser tan vasta la dominación del orgullo, todavía la superficialidad de los hombres suele atribuirle mayor extensión.

La irascibilidad es lo que más generalmente confunden con el orgullo ó la soberbia: bástales ver un

genio irascible para argüirle de orgullo, y á fe mía que son cosas muy diferentes.

El irascible es impetuoso, ardiente, franco, habla con los nervios casi tanto como con la lengua; el orgulloso típico no suele alborotarse exteriormente, parece manso, casi humilde, pero dentro lleva una tempestad de desprecio y de venganza.

La ira es más bien defecto físico que espiritual; nace generalmente del temperamento, de la enfermedad, y hasta del alimento y del clima y de otras circunstancias que cambian nuestro humor siete veces al día. El orgullo, por el contrario, es siempre espiritual, siempre hijo del alma pervertida, á la cual acompaña en vida y muerte y más allá de la muerte, mientras la ira fenece con el cuerpo.

Puede uno, siquiera sea difícil, ser irascible y ser humilde. La irascibilidad de San Pedro, de San Pablo, de San Jerónimo y de otros muchos Santos era grande; pero su humildad era mayor.

El orgullo siempre es pecado, y mortal de suyo; la ira á veces es santa. De la ira de Dios nos hablan á cada paso los Libros canónicos, jamás del orgullo. «Irritaos y no pequéis», nos dice el Salmista; porque lícito y santo es irritarse cuando se ve el pecado triunfante y humillada la virtud, como se irritó Jesucristo siempre que habló con los fariseos y cuando látigo en mano echó del templo á los traficantes que lo profafanaban.

El orgullo nunca nace de la ira: la ira puede nacer del orgullo, y es pecado; ó de las condiciones físicas, y es defecto; ó del celo por una causa justa, y es virtud.

Los temperamentos irascibles suelen ser nobles y magnánimos, amantes del sacrificio y enemigos implacables de toda injusticia. El orgulloso siempre es vil; por nada se sacrifica ni conmueve, como no sea al ver herida su altivez.

Cuando la ira justa no se deja vencer, es firmeza

de carácter; cuando el orgullo se mantiene firme, es terquedad. La ira de suyo no comete bajezas; el orgullo sí, el orgullo se arrastra como la culebra, con tal de levantarse después como águila.

Señores, creo haber hecho con este pequeño estudio una descripción de la ira santa que animará al futuro Restaurador y á sus ejércitos. Conviene no olvidar que esta ira se dará la mano con la humildad y mansedumbre. Cordero y león fué Jesús, cordero y león será el gran hombre, á imitación del Hijo del Hombre: Palabra de Dios es que Moisés «era el hombre más manso de todos los hombres que en su tiempo habitaban sobre la tierra», y lo es también que aquel varón de tanta mansedumbre fué el de las plagas de Egipto, el del terrible degüello del Sinaí y el de otras grandes y justas venganzas. Así será el Restaurador.

Si me preguntáis por qué me ocupo tanto de este personaje profético en un discurso que trata de Aparisi Guijarro, yo á mi vez me permitiré preguntaros: ¿Cuánto no trabajó Aparisi Guijarro por descubrir al hombre de quien España necesitaba? ¿Cuánto no se alegró, así que creyó haberle descubierto?

Yo no sé qué pensaría hoy Aparisi Guijarro; pero presumo que, sin separarse del hombre en quien justamente fundaba todas las esperanzas de su patriotismo, no se desdeñaría de clamar como *El Hisopo* de Carrión de los Condes, ó como *El Correo Español* que lo copió, por un Pedro el Ermitaño ú otro cualquier adalid que levantase una cruzada contra los tiranos de la Patria.

La esperanza en ese hombre venidero es general; el título de *El hombre que se necesita* es ya un proverbio de la prensa y tema ordinario de cuantos desean la salud de la Patria.

Pues bien; *vox populi vox Dei;* el hombre de tantas esperanzas y profecías vendrá, vendrá para bien de

España y del mundo, vendrá para bien de la sociedad y de la Iglesia, vendrá para aniquilar á los perversos y proteger á los rectos de corazón, vendrá para levantar la libertad verdadera sobre las ruinas del liberalismo, vendrá para que España vuelva á ser lo que fué, esto es, la más gloriosa de las naciones, la señora del mundo.

Pero antes ¡ay! «obscuridad de muerte nos envolverá, resbalará en sangre de nuestro pie», que todavía ha de rugir sobre nuestras cabezas el torbellino de las iras del Muy Alto, para que acaben de cumplirse las predicciones de Aparisi el inmortal vidente.

CAPÍTULO XV

APARICIÓN DEL GRAN MONARCA

CAPÍTULO XV

APARICIÓN DEL GRAN MONARCA

I

El desconocido providencial.

Mucho hay que decir todavía del Gran Monarca, y podremos decir muy poco; más de cien volúmenes poseemos que hablan de él, y apenas podremos consultar unos cuantos, porque materialmente nos falta el tiempo para todo. Lo mismo nos sucedió con el capítulo V, donde omitimos tal vez más de la mitad de lo que nos proponíamos decir.

El presente capítulo abarcará solamente lo relativo á la aparición del Gran Monarca, esto es, al carácter providencial de su triunfo en España. Antes de entrar en materia, recomendamos encarecidamente á nuestros lectores, si quieren enterarse bien de ella, que lean detenidamente los capítulos II y III, donde verán cuán antigua es la esperanza en el Gran Monarca, que algunos infelices suponen invención del que esto escribe; así como en el I y otros lo hallarán profetizado por los profetas canónicos y no canónicos, y verán cuán grande ha de ser su semejanza con el Rey de Reyes, Cristo Jesús.

Luz Católica ha tratado extensamente de la humi-

llación y el desprecio general con que suelen empezar los grandes enviados de Dios, y particularmente lo ha estudiado con relación al Gran Monarca. Conviene tener presente la extraordinaria historia de «Máscara de Hierro», dada á conocer en el capítulo XIII, que puede explicar muchas cosas obscurísimas.

Nos dijo la profecía de Dissentis que el gran hombre no tendrá una certeza absoluta de si las profecías le conciernen, sino á medida que se vayan cumpliendo. Razones de mucho peso nos inclinan á decir que sus dudas nacerán del corazón más bien que de la razón; es decir, que si ésta le descubre con claridad sus destinos, aquél, que no los desea, antes bien los repugna por carecer de toda ambición, pone sombras en el discurso y tal vez en alguna revelación parcial acerca de dichos destinos.

Ello es que, según la misma profecía de Disentis afirma, el hombre conocerá las profecías que le conciernen, y San Francisco de Paula lo confirma de varias maneras, según otras veces hemos dicho. Otros profetas lo confirman también. El V. Holzhauser, por ejemplo, dice en el comentario sobre el cap. X del Apocalipsis:

«Sigue el segundo personaje representado por este ángel, que no es ya el Gran Monarca, sino un Nuncio celestial que revela los divinos secretos sobre los tiempos venideros hasta el fin».

De este pasaje y otros más de varios profetas parece desprenderse que el Gran Monarca tendrá como dos caracteres, como dos personalidades, la una precursora de la otra, la una revelando primero y la otra obrando después. Quizá sea esta la razón por que se le ha de desconocer, pues el mundo ha de tener por locura el creer que un pobre, abatido, calumniado, consagrado á desenterrar y explicar profetas, sea el mismo que de allí á poco debe triunfar de todos los ejércitos y dominar el mundo. Lo cierto es que el mundo, aparte un corto número de escogidos, no ha

de creer en él hasta tanto que las armas digan quién es. En prueba de esto, vayan algunos textos proféticos.

«Una grande ave, terrible por su aspecto y por sus uñas, *se levantará como de un sueño,* cortará el cuello del buey y devorará sedienta las entrañas del inicuo dragón». (Profecía manuscrita del siglo XVII—Biblioteca de Plasencia—adoptada por graves autores).

«Los hombres del Occidente y del Mediodía alcanzarán la victoria bajo la dirección de un jefe poderoso que *se elevará de improviso.»* (Profecía alemana publicada por *La Epoca* en 10 de Agosto de 1870).

«Ha llegado el día de la justicia. Por el aspecto de *aquel que es desconocido* veo que el mundo cede y cae. Comparece en medio de la confusión del huracán; ¡horrible instante!» (La Religiosa de Belley).

«No será quien se cree, el que reinará desde luego; será un salvador *con el cual no se contaba*». (Sor Mariana de Blois).

«Grande será el asombro del mundo cuando llegue á saber que en París hay un Rey que *vive desconocido entre el pueblo*». (P. Eugenio Peghi, cisterciense).

«Un príncipe, *conocido de Dios solo,* debe venir como por milagro». (La V. Mariana Gallier).

«Un príncipe que habrá pasado *inadvertido hasta esta época,* y cuya casa habrá padecido mucho por la desgracia de los tiempos, traerá esta paz á la tierra». (La V. Elena Wallraf).

«Un brazo de hierro *surgirá milagrosamente*, armado de un gran poder, para vengar los ultrajes hechos á Dios y á la realeza, cuyos miembros sobrevivientes deben reaparecer en el suelo de la patria después del gran acontecimiento. No habrá entonces allí odio ni rencor». (María des Terreaux).

Omitimos por brevedad otros textos. El último, que es notabilísimo, descifra grandes arcanos. Parece que el Señor, por regla general, destina los profetas al anuncio de acontecimientos extraordinarios, y las profetisas á explicar dichos anuncios con otros menos importantes ó más secretos. Sea de esto lo que fuere, habrán advertido los lectores que los pasajes aducidos anuncian el desconocimiento que habrá de la persona del Gran Monarca hasta que tome las armas; y al mismo tiempo, que su aparición y su triunfo serán obra extraordinaria de la Providencia. Muchos profetas más

confirman este segundo punto; citemos solamente á la V. Madre del Bourg, que dice así:

«Habrá un desorden horrible; sin embargo, aquellos días serán abreviados en favor de los justos. Dios elevará sobre el trono un rey modelo, un rey cristiano. El señor le dará la luz, la prudencia y el poderío. Le ha preparado Él mismo por largo tiempo y le ha hecho pasar por el crisol de la prueba y del tormento, pero va á llamarle del destierro. El mismo Señor lo tomará de la mano, y en el día fijado le repondrá en el trono. Su destino es el de reparar y el de regenerar».

«Su causa corre á cuenta de Dios», dijo también San Vicente Ferrer.

En apoyo de todo esto viene un pasaje de Daniel, cap. VII, aplicado por varios profetas y algunos comentadores modernos al Gran Monarca, y en el cual se dice:

«Miraba yo en la visión de la noche y he aquí que venía como hijo de hombre en las nubes del cielo; y llegó hasta el Anciano de días, y presentáronle delante de Él, y dióle la potestad, y la honra, y el reino».

Visión de la noche, hijo de hombre, nubes del cielo, potestad y honra... El que no vea en estas palabras las tribulaciones personales del Monarca y lo aciago del tiempo de su aparición, su fe inquebrantable, su potestad de rey y su carácter de sacerdote, espere, que abajo se lo haremos ver. Por de pronto, medítense estas palabras del V. Holzhauser:

«Será enviado y preordenado especialmente por la divina Providencia, para consuelo y exaltación de la Iglesia latina, entonces afligida y humillada por demás, las cuales cosas se entienden metafóricamente por el cielo. Se obrará una gran mudanza, por mano de Dios Todopoderoso, que nadie se podrá imaginar humanamente.—Aquel Monarca fuerte que ha de venir enviado por Dios, destruirá las repúblicas (plural, nótese bien) hasta sus fundamentos, lo dominará todo y celará la verdadera Iglesia de Jesucristo».

Casi con las mismas palabras lo anuncia también la profecía de Santo Tomás de Cantorbery, que dice así:

«Sobrevendrá un cambio admirable, obrado por la diestra de Dios Omnipotente, que ningún hombre podrá imaginarse, porque aquel Monarca fuerte que está por venir, enviado por Dios, destruirá las repúblicas hasta el fundamento, se lo sujetará todo y protegerá la verdadera Iglesia de Jesucristo».

Holzhauser copió á Santo Tomás.

Hay en todo esto un punto obscuro que sólo con el tiempo podrá explicarse, y es lo que la profecía de San Isidoro y Casandra, adoptada por el P. Vieyra y otros graves autores, dice de acuerdo con varios profetas, esto es, que el Gran Rey «será dos veces piadosamente dado». Nosotros siempre hemos creído que la primera vez será piadosamente dado por Dios á España, llamándole del destierro para que de la nada se eleve poco á poco hasta el trono; y la segunda vez porque, según algunos profetas, después de triunfar en su patria caerá prisionero de otro rey, y por intercesión de la Santísima Virgen se librará de éste, será restituído á su patria, y entonces será cuando lanzará sus ejércitos á la guerra internacional, venciéndolo y dominándolo todo, incluso *el reino de los franceses*, como dice Holzhauser:

Y es que el reino de Francia le pertenecerá por derecho de sucesión probablemente, como indica la historia de Máscara de Hierro, y ciertamente por derecho de conquista. El Gran Monarca, aunque su origen sea hoy desconocido, desciende de las casas de Borbón y de Austria; no de los Borbones ó Austrias modernos, sino de los anteriores á Luis XIV.

He aquí indicada la materia del artículo siguiente.

(*Luz Católica*, núm. 41=11 Julio 1901).

II

Borbón y Austria.

Todos los profetas que hablan del origen del Gran Monarca dicen expresamente que desciende de la flor

de lis ó de los antiguos reyes de Francia, así como de la casa de Austria, no obstante la humilde obscuridad de su cuna. He aquí algunos pasajes:

«La Flor de Lis resplandeciente sale de una nube, ¡Gloria á Dios!». (P. Calixto de Cluny).

«Nacerá entre lirios un príncipe hermosísimo (moralmente) que *tendrá un nombre nuevo entre los reyes*. Su ánimo y su nombre será igual en grandeza á su nación». (Del *Liber Mirabilis).*

«Hacia el fin de los tiempos, uno de los descendientes de los reyes de Francia reinará en todo el antiguo imperio romano y será el más grande de todos los reyes y *el último de su raza*: MAXIMUM ET OMNIUM REGUM ÚLTIMUM». (San Remigio de Reims).—Vid. *Luz Católica*, núm. 37, pág. 580).

«El emperador, hombre muy virtuoso, será *de los restos* (nota bene) de la sangre de los reyes de Francia». (Juan de Vatiguerro).

«La *Vieja Sangre de los siglos* terminará aún largas divisiones. (Nunca más oportunamente que hoy).—Se creerá que Dios guerrea con él: tan prudente y cuerdo será el Vástago de la sangre de Capeto». (Profecía de Orval).

«El hombre valeroso, *salvando los restos escapados de la antigua familia de Capeto*, arreglará los destinos del mundo». (Profecía de Olivario).

«He aquí que viene desde país extranjero (nótese) un hermoso joven *de la raza de Pepino*. Él (el Pastor Angélico) lo coronará». (Prof. de Werdín).

«Rey *de la raza de Pepino*, á quien el Pastor Angélico coronará emperador de los romanos». (Prof. de Telesforo).

«Irá á Roma uno *de la estirpe de Carlomagno* CREÍDA DE TODOS EXTINGUIDA (nótense estas palabras), y este Pontífice lo coronará y declarará legítimo Emperador de los Romanos». (Profecía de los Capuchinos de Genzano).

Santa Catalina de Racconigi «dijo que, pasados trescientos años (ya han pasado) un descendiente (sucesor) de Francisco I debía ser engrandecido como Carlo Magno». (Pico de la Mirandola).

«Vendrá un Rey *de la antigua gente y estirpe de Francia*, insigne por su piedad para con Dios». (San Angelo).

«Un príncipe *conocido solamente de Dios* y que hace penitencia en el desierto, llegará como por milagro. Será *de la sangre de la antigua raza*». (Mariana Gallier).

«Cuando la sangre se habrá derramado, *la antigua rama primogénita* entrará de nuevo. Yo velaré hasta el fin sobre mi familia *de la antigua rama primogénita*, porque yo me la he ele-

gido y quiero que reine hasta el fin». (El Señor á una Religiosa.—Dujardín y da Macello).

Los profetas, según claramente aparece, hacen al Gran Monarca descendiente de los reyes de Francia; pero ninguno dice que será Rey de Francia en el concepto de que establecerá allí su residencia, la cual ha de tener en España, según otras veces hemos dicho y probado. Ningún comentador francés lo entiende así; pero las profecías son muy terminantes, y además hay otras razones que lo prueban. Sin embargo, una vez en su trono de España, será también Rey de Francia, de la manera y por las causas que en otras partes dijimos y diremos. A esto se refieren algunos pasajes proféticos, como el siguiente, tomado del *Liber Mirabilis:*

«Se levantará un Rey del esclarecidísimo Lirio, que tendrá la frente ancha (descripción metafórica: refiérese á lo moral), las cejas altas, los ojos largos, la nariz de águila y reunirá un gran ejército y destruirá todos los tiranos de su reino».

De intento hemos subrayado las frases con que los profetas señalan la antigua descendencia del Gran Monarca. Vieja sangre, rama primogénita, raza antigua, restos escapados de esta raza que todos crerán extinguida, etc.; tales son las expresiones proféticas sobre el origen genealógico del Gran Monarca; según se ve por ellas, ninguna le hace expresamente descender de los Borbones, que empiezan después de Francisco I, con Enrique IV, primo de éste; pero siempre hemos dicho que sería Borbón, y todavía en el artículo I lo repetimos; porque si es verdad que puede descender de los antiguos reyes de Francia sin ser Borbón, esto parece improbable á todas luces.

Perseveramos en la firme opinión de que el Gran Monarca viene de la raza Capeciana por la de los Borbones, y nuestra opinión está confirmada por el famoso *Secreto* de Maximino, el pastorcillo de la Saleta, que dice: «El Rey será *de la antigua raza* de los Borbones»;

y por la profecía del piadoso Abate Souffrand, la cual asegura que el «Gran Monarca es *de la rama primogénita* de los Borbones»; y aun por otras profecías.

Por otra parte, cada día nos convencemos más de que las predicciones de Mlle. Couédon acerca del Gran Monarca son verdaderas profecías. Pues bien; en éstas no solamente se dice que es Borbón, sino expresamente que desciende de «Máscara de Hierro»; y al efecto, exprésase también que este Borbón no viene de los de Anjou, como vienen las dos ramas españolas carlista y alfonsina, ni de los Naundorff, que creen descender de Luis XVI por Luis XVII, escapado del Temple. Recomendamos la lectura más extensa de este punto en *L' Homme au Masque de Fer,* del capítulo XIII, y en especial lo relativo á Mll. Couédon.

Lo más indudable en todo este asunto es que el Gran Monarca no viene de los Borbones posteriores á Luis XIV, hemano menor de «Máscara de Hierro»; ó por lo menos es un Borbón hoy desconocido, puesto que todas las profecías concuerdan claramente en este punto, según probó el artículo I de este capítulo. Por este lado, pues, no cabe discusión acerca de los actuales Borbones; á los cuales, por añadidura, tampoco convienen las expresiones de «rama primogénita», etc., que usan los profetas.

Punto difícil de explicar es lo que anunció Santa Catalina de Racconigi, esto es, que el Gran Monarca desciende de Francisco I. Tal vez por *descendiente* deba sencillamente interpretarse *sucesor*. Acerca de esto dice el Abate Curricque:

«Las palabras *un descendiente de este Príncipe* presentan á primera vista alguna dificultad, por haberse extinguido la posteridad de Francisco I al advenimiento de Enrique IV su primo al trono de Francia; pero parece que no sería hacer violencia al espíritu del texto aplicando las palabras al tronco real á que pertenecía aquel príncipe, más bien que á su propia descendencia. Fuera de esto, su posteridad se vuelve á encontrar particularmente en la familia imperial de Hapsburgo Lorena

por sus nietas Isabel (de Valois), que casó con Felipe II de España, y Claudia, casada con Carlos III de Lorena. Pero nos separamos de nuestro objeto, tratando de esclarecer esta dificultad, que no lo será en lo porvenir».

Verdad es que el Gran Monarca desciende de los Hapsburgo como de los Borbón; pero desde luego parece claro que sus derechos no vienen de Felipe II por Isabel de Valois, pues de ella no tuvo Felipe hijo varón, sino cuatro hembras. En todo caso, desciende de Felipe II por su esposa Ana de Austria, madre de Felipe III. Casó éste con Margarita de Austria, de cuyo matrimonio el primer fruto fué Ana de Austria, con la que después contrajo matrimonio Luis XIII de Borbón, que la hizo madre de «Máscara de Hierro» y de Luis XIV.

Reinando Luis XIV, murió sin sucesión nuestro Carlos II, y la corona de las Españas tenía que pasar á los príncipes de Austria, descendientes de las hijas de nuestros reyes, por más títulos que los franceses y con más derecho aspirantes al trono de Carlos V. El testamento de Carlos II adjudicando la corona á Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV, era nulo á todas luces, como obra de los intrigantes franceses que rodeaban al pobre Monarca. Mas dado caso que la corona perteneciese á Felipe, por ser nieto de Luis XIV y de María Teresa, española, con más razón pertenecía á «Máscara de Hierro», que era hijo de la española Ana de Austria, ésta hija primogénita de Felipe III y tía carnal de Carlos II; el cual, por consiguiente, era primo hermano de «Máscara de Hierro», y en tal concepto era éste primero en derechos á los de Austria, como más allegado. Y si «Máscara de Hierro» no existió, antes de Luis XIV y de sus nietos estaban, de todos modos, los hijos de Luis XIII y Ana de Austria que llamaron «abortos»; mas para nosotros, la realidad de «Máscara de Hierro» es indudable.

Sólo suponiendo un hombre en quien coincida todo lo que en un descendiente de «Máscara de Hierro»

coincide, pueden hoy explicarse las profecías. Este descendiente, supuestos aquellos enlaces de las familias reales, y dados los acontecimientos que desde entonces se han sucedido, es indudable que tiene derecho á reinar en todas las naciones de raza latina.

Si sólo lo tuviera en alguna, y aunque en ninguna lo tuviera por derecho hereditario, podría tenerlo en todas por otras razones, fundadas en la infalible doctrina de la ilegitimidad por ejercicio; porque dada la degeneración de todas esas dinastías, la ilegitimidad por ejercicio salta á la vista, de suerte que el Gran Monarca podrá decir con David: *Omnes inutiles facti sunt, non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.* Esas dinastías son las primeras culpables de la Revolución; esos reyes la provocaron con sus incalificables abusos de la autoridad, y el que así no lo ve es porque no quiere; esos reyes fueron señores, no padres. ¡Y todavía muchos persisten en llamar *Tradiciones* á no pocos de aquellos abusos!

Vamos á ocuparnos de otro asunto profético que puede aportar alguna luz al tenebroso misterio del desgraciado «Máscara de Hierro». En el cap. XIII, artículo IV, dimos á conocer la opinión afirmativa de Luis XVIII, hermano de Luis XVI, acerca de la existencia real de este personaje. Pues bien; á Luis XVIII se le envió á decir terminantemente de parte del cielo que era ilegítimo, que la corona de Francia no le pertenecía. El que cumplió con esta ardua misión fué un sencillo labrador llamado Martín, el cual, antes de cumplirla, pasó por las terribles pruebas que también se le anunciaron por revelación.

Martín el visionario le llamaron, así que se presentó á la corte de Luis XVIII, y le encerraron é incomunicaron en un manicomio antes que pudiese hablar con el rey. Sabedor el vizconde de la Rochefoucauld de lo que ocurría, logró ver á Martín; y convencido de la cordura del supuesto loco, así como de lo sobrenatural

de su misión, instó á Luis XVIII hasta conseguir que recibiese á Martín. Hízole comparecer el rey, y supo lo que el cielo le enviaba á decir: que no le pertenecía la corona de Francia.

En prueba de que esto era verdad y de que el cielo le enviaba á decírselo, descubrió Martín á Luis un secreto que éste á nadie había revelado y que aquél sabía por revelación sobrenatural, y era el pensamiento que Luis XVIII tuvo, durante una cacería, de matar de un tiro á su hermano Luis XVI, entonces rey sin sucesión, por lo cual le sucedería él. Luis XVIII confesó, llorando amargamente, que era verdad; pero dijo que fué un pensamiento por él rechazado en seguida con horror.

El vizconde de la Rochefoucauld cuenta todo esto extensamente y con lujo de detalles en el 5.º tomo de sus insignes *Memorias* (1). Poco tiempo después, Martín moría de muerte misteriosa... Todos entrevieron un crimen.

Ahora bien; si la corona no pertenecía á Luis XVIII, ¿quién era el legítimo rey de Francia? Martín, por su propio juicio y no ya por revelación, opinó que era Luis XVII, que él con muchos otros suponía salvado de la torre del Temple. Esto es contrario al espíritu y á la letra de todas las profecías auténticas, por lo cual no puede sostenerse. El rey legítimo no podía ser más que algún descendiente de «Máscara de Hierro» ó de otro hermano de Luis XIV; sólo en alguno de estos descendientes coinciden todos los textos proféticos, y no es aventurado suponer que Luis XVIII tendría presente á Martín cuando convino en la realidad de «Máscara de Hierro». Mlle. Couédon dijo algo que hace muy al caso y da mucha luz: véase en el citado capítulo XIII.

---

(1) Con intención de publicar en *Luz Católica* la traducción de este episodio, tal como el vizconde lo cuenta, prestamos dicho tomo para que nos tradujesen lo que nosotros no podíamos por falta de tiempo, y nos quedamos sin traducción y sin tomo: el encargado desapareció.—N. de *Luz Católica*.

Además de todo esto, hay otras particularidades que de ningún modo convienen á los descendientes de Luis XVII, aun dado que éste los tuviera, y sólo convienen á los de «Máscara de Hierro» ó algún hermano suyo. Verdad es que la madre de Luis XVII, María Antonieta, era Austria; pero el Gran Monarca ha de ser Austria ó Hapsburgo de tal manera, que descienda de los reyes de España, desde Carlos V, que fué el primero de la Casa de Austria. Pésense las siguientes autoridades de los profetas:

«Tendrá fin aquella funestísima guerra (la europea que se está preparando) cuando sea creado un emperador *descendiente de la estirpe de España.* Este vencerá maravillosamente con la señal de la Cruz». (Santa Brígida).

La misma Santa alude muchas veces al origen español del Gran Monarca.

«*De la sangre de Carlos César* (Carlos V) y de la casa real de Francia nacerá un emperador que dominará toda la Europa». (Prof. llamada de Magdeburgo).

Otras profecías le llaman León de España, Aguila de dos cabezas (Borbón y Austria), etc.; y dicen que será español, y su ejército español; que reinará en España; y que desde España pasará á Jerusalén, por el Africa; y que llevará león y gallo (España y Francia) por insignias; y que unirá al león la blanca flor de lis, etc., etc. No citamos textualmente estos pasajes, porque pensamos dedicarles un artículo entero.

Por lo pronto basta: creemos haber probado que el Gran Monarca es español, y descendiente de los antiguos reyes españoles, que eran los de la casa de Austria, así como descendientes de los Borbones anteriores á Luis XIV. Dígnese el Señor compadecerse de España y esclarecer pronto todos estos misterios, con la aparición de su Enviado.

Apéndice.—«Atalía, madre de Ocozías, viendo muerto á su hijo, se alzó con el mando y mató toda la prosapia real. Bien que Josaba, hija del rey Joram, y hermana de Ocozías, sacando

á Joas, hijo de Ocozías, de en medio de los hijos del rey al tiempo que los iban matando, le robó, sacándole del dormitorio con su nodriza, y le escondió de la furia de Atalía para que no fuese muerto.

»Y estuvo por espacio de seis años oculto con su nodriza en la casa del Señor; mientras tanto, reinó Atalía en el país. Pero á los siete años Joyada (Sumo Sacerdote), convocando á los centuriones y soldados, los introdujo consigo en el Templo del Señor, é hizo liga con ellos; juramentándolos en la Casa del Señor, les mostró al hijo del Rey.

»Púsole la diadema sobre la cabeza, y el libro de la Ley, é hiciéronle rey, y le ungieron; y batiendo palmas le proclamaron, diciendo: ¡Viva el Rey!

»En esto oyó Atalía las voces del pueblo que corria; y acudiendo al tropel de gente que estaba en el Templo del Señor, vió al rey colocado sobre el trono... por lo que rasgó sus vestiduras y gritó: ¡Traición! ¡traición! Mas Joyada dió orden á los centuriones que mandaban la tropa; se apoderaron de ella y la llevaron á empellones por la calle de la entrada de los caballos, junto al palacio, y allí fué muerta.

»Después asentó Joyada el pacto del Señor con el rey y el pueblo, de que sería pueblo del Señor, y asimismo entre el rey y el pueblo.

»Siete años tenía Joas cuando entró á reinar».

(Del libro IV de los Reyes, cap. XI).

III

Rey de España.

Descubierto el origen franco-hispano del Gran Monarca, descendiente de los antiguos reyes de una y otra nación, probaremos que no sólo es español, sino que en España fijará su trono, aunque haya de ser también rey de Francia y de otras naciones.

Son muchas las profecías que aluden á su nacionalidad española. «Emperador de la estirpe de España y águila ceñida de las Torres de España», le llama Santa Brígida. La profecía de Premol le presenta «montado sobre un León». El B. Nicolás Factor le

llama «gran León de España», y San Anselmo le anuncia bajo la figura de un león coronado. Los intérpretes y comentadores, no siendo franceses, convienen en que será español. Véase, por ejemplo, da Macello en *I futuri destini,* profecías de Santa Brígida y de Orval.

El célebre vidente conocido por *el Sacerdote de Turín,* le llama «Aguila de dos cabezas»; otra profecía dice que «se verá venir de lejos el Aguila y el León». Olivario añade que «llevará León y Gallo en su armadura»; y Orval le pide que «una el León á la flor blanca».

«Será llamado del Occidente (Italia) un Rey de gran nombre», dice una profecía hallada en las Catacumbas de Roma. Y este Occidente es España, porque los profetas ponen al Gran Monarca en el Mediodía de Europa, según prueban los siguientes textos, que se hallan en las mejores colecciones:

«Un príncipe poderoso del Mediodía llegará á imperar en Alemania». (Profecía alemana). «En el extremo de nuestra desgracia, Dios nos enviará un Salvador del Mediodía». (Otra, alemana). «El Gran Monarca sube al trono de sus mayores, el cual está en el Mediodía». (La Religiosa de Belley). «Allfader (Ser Supremo) creará una tierra nueva, más risueña y agradable; la iluminará un Hijo del Sol» ó del Mediodía. *(Edda,* poema germánico).

El Beato Amadeo dice que la Germania se unirá con la *Ibernia* «bajo un Príncipe preordinado de Dios». La palabra *Ibernia* debe de ser equivocación de copistas, porque en todas las lenguas se escribe *Hibernia* y todos los copistas la ponen sin *h*. Además, esta profecía es de 1500, y el nombre de *Hibernia* se dejó por el de *Irlanda* en el siglo VIII, y no es probable que el Profeta cometiera tan notable arcaísmo; bien que escribía en latín. Ni el más leve rastro de lo que dice este texto se halla en las demás profecías, antes bien parece ser contraria á ellas esta unión de Alemania con Irlanda, por lo cual parece claro que el verdadero nombre dado por el Beato es *Iberia,* España, y entonces todo se explica bien. A no ser que el sentido de la frase sea

este: «Un Príncipe preordenado de Dios reinará desde España, tanto sobre Alemania como sobre Irlanda».

La profecía de San Isidoro y de Casandra dice que reinará «en la España Mayor»; ya porque Portugal, también bajo el cetro del Gran Monarca, será como la España menor, ya porque entonces volverá á decirse «las Españas», por las autonomías y la extensión de nuestro imperio, y el Gran Monarca tendrá su corte en la Mayor, ó sea en la actual. «Limpiará á España de los vicios inmundos», dice también esta profecía.

«El Lirio, añade Santo Tomás de Cantorberi, subsistirá y entrará en la tierra del León, privada de ayuda».

«Iberia, Iberia, exclama Bug de Milhas, veo crecer tu poder y tu esplendor... El Tajo producirá un guerrero valiente como el Cid, religioso como el tercer Fernando, que enarbolará el estandarte de la fe»...

Este guerrero será el que presentará á los ejércitos del Norte en los Pirineos la tremenda batalla anunciada por el mismo profeta; y victorioso de los impíos, entrará en Francia, venciendo por todas partes á los alemanes y turcos invasores, hasta que en la Westfalia acabe de derrotarlos; después de lo cual irá á Italia, donde será coronado Emperador por el Papa, y de allí á Francia para tomar el cetro de sus antepasados, volviéndose á España después de sentadas las cosas.

Una profecía de una religiosa anónima, adoptada por Dujardín y da Macello, dice que «elegirá una capital al Mediodía, y se le dará (en Francia) un regente que será un santo». A esto aluden otras muchas profecías, como en su lugar veremos, de donde se sigue que antes de ser rey de Francia lo será de España. Pruébanlo también los siguientes pasajes:

«He aquí que viene de país extranjero un hermoso joven de la raza de Pepino... y este pastor (el Papa) lo colocará de un modo admirable en el trono de Francia, entonces vacío y abandonado». (Profecía del Abate Werdín).

«Dios es bendecido aún», dice la profecía de Orval; y el Sr. Escolá lo comenta así: *«Dios es bendecido aún* indica que

el Gran Monarca habrá reinado ya al empezar dichas lunas» (ó guerra europea y victoria española).

«En una gran tempestad y discordia surgirá un Rey fuerte para dominar la Francia, y llegará á ser Rey de ella». (El Beato Abad Joaquín de Flora).

»Someterá toda la Germania, y entonces la Gran Casa (Roma papal) estará derrumbándose; pero el águila vendrá del Septentrión hacia el Sol (de Alemania á Italia) ceñida de torres de España y acompañada de la muchedumbre de sus polluelos criados en ellas.—*At veniet tandem aquila á septentrione super solem, et ipsa cingetur turribus Hispaniarum, cum multitudine pullorum suorum»*. (Santa Brígida).

«Vi venir del Oriente (esto es, de Italia, ó de la Iglesia) un joven admirable, montado en un León, y tenía en su mano una espada flamígera. Y el gallo (Francia) cantaba delante de él. Y el León puso el pie sobre la cabeza del Dragón» (Profecía de Premol).

Esto es, acabó para siempre con la revolución y la República.

Arreglada Francia, volverá á su corte de España y poco después marchará á la conquista de Africa y Palestina, según expresan los textos siguientes.

Repitiendo el Dr. D. José María Escolá, en su libro *Las Profecías, etc.*, comentarios de otros expositores de Esdras, (cap. XII), dice sobre el león que destrozó al águila (esta águila es muy diferente de la antes citada) ó imperio mahometano.

«El águila figuraba el imperio turco; y el león escogido por Dios para hazaña tan grande, ¿de quién era figura? Parece (y algo más) que lo fué del Gran Monarca, por cuyo poder ha de ser, según otras varias profecías, exterminado el imperio de Mahoma. Y el ser un león, ¿no indica la procedencia de su raza? *Y este león,* dice el mismo Esdras, *es el viento que el Altísimo ha reservado para el fin contra aquéllos, y contra sus impiedades»*.

Los sectarios de Mahoma «serán vencidos por el reino celeste (Iglesia) y por los romanos (Imperio). Este y la Iglesia de acuerdo habrán decretado la guerra, cuyo principal ejército serán los Crucíferos (Orden religioso-militar que participa del reino celeste y del imperio), y le quedarán sujetos porque este reino será exaltado sobre todos los reinos del mundo». (San Metodio).

«Reinará sobre la casa de Agar, conquistará á Jerusalén,

fijará la imagen del Crucificado sobre el Santo Sepulcro, y será el mayor de todos los Monarcas». (San Isidoro y Casandra).

«Jerusalén y el Monte Sión han de ser reedificados por mano de los cristianos. Quién ha de ser, Dios mismo por boca del Profeta en el décimo-cuarto Salmo lo dice. El Abad Joaquín dice que éste había de salir de España». (De una carta de Colón).

«Saldrá por los tiempos venideros el Rey Católico de España en persona con gruesa armada contra los moros de Africa, y alcanzando de ella una insigne victoria, la reducirá toda á su obediencia» (San Alfonso Rodríguez).

«Tan santo ardor se apoderará de los españoles, excitados por la santidad de la causa, que partirán sin despedirse de sus padres, y sin arreglar sus negocios. La legión más fuerte de este ejército se compondrá de religiosos regulares y seculares (Crucíferos). El cual ejército irá por el estrecho de Gibraltar al Africa... El Rey seguirá su viaje con un ejército poderoso por Berbería... y continuará sus victorias hasta Jerusalén». (San Nicolás).

«Jerusalén será reconquistada por un héroe de la casa de Austria, otro Alejandro en la velocidad, y armado con sus soldados con espada y cruz». (Ven. M. Magdelena de la Cruz).

Todos los textos anteriores prueban lo que muchas veces hemos dicho, sobre todo en nuestras *Memorias*, fundados en otras razones, esto es, que el triunfo de la buena causa en España será antes que el de otras naciones. A esto parece aludir un pasaje de las profecías de Sor Natividad, el cual dice así:

«Vi en espíritu una vasta sala (nos parece España) que semejaba mucho á una iglesia; estaba cási llena de sacerdotes revestidos de albas hermosísimas y finísimas, como para una fiesta solemne; pero no llevaban casullas ni dalmáticas. Iban todos muy peinados y afeitados, manifestando en su semblante una gran alegría, y cantando himnos de júbilo. Leían algunos de ellos en voz alta ciertas composiciones literarias, en verso y prosa, y otros aplaudían la lectura exclamando: «Eso es bueno, es excelente, es de toda bondad, no hay más que decir». Lo leido eran diferentes obras y argumentos compuestos en defensa de la buena causa.

Yo estaba como fuera de mí por el gozo, observando la alegría de ellos. «Muy bien, me decía á mí misma; he ahí un júbilo que anuncia una gran victoria. Sea Dios bendito, y

acaben por triunfar su religión y su causa. Al fin el buen orden va á reaparecer». Mas cuando yo me abandonaba á tan dulces transportes, ví á mi lado al Niño Jesús, el cual me dirigió unas breves palabras que moderaron de repente el ímpetu de mi alegría. Llevaba en su derecha una cruz muy gruesa, y mirándome con tristeza, me dijo:

«Hija mía, no tengas tan gran confianza, porque pronto verás grandes cambios. No se han acabado los males, no se ha llegado al fin como ellos piensan. No, créeme, no ha llegado todavía el tiempo de cantar victoria; la aurora apunta ya, es verdad; pero el día que seguirá ha de ser hosco y tempestuoso».

Dice la vidente que el Niño Jesús representaba una edad como de tres años; sin duda era esto figura de que aquella dicha era muy pequeña, comparada con la que vendría después; la visión puede aplicarse también á la falsa paz que dicen hemos tenido con la llamada restauración, durante la cual, buena parte del clero juzgaba casi llegados los tiempos felices, y muchos hacían gran fiesta y en sus escritos nos presentaban las instituciones como si fueran el antemural de la Iglesia de Cristo. Esto aparte, lo dicho hasta aquí prueba de la manera más terminante que el Gran Monarca, el vencedor de Europa, Africa y Asia, será Rey de España y tendrá en ella su trono. De todos los puntos tocados en este artículo tendremos que ocuparnos extensamente en otros escritos; aquí se han puesto las autoridades proféticas para probar sólo que el Gran Monarca será Rey de España antes que de Francia, y que fijará su residencia en España.

(*Luz Católica*, núm. 43=25 Julio 1901).

IV

Su estado sacerdotal.

Con disgusto empiezo este artículo, porque más de cuatro ó de cuatrocientos maliciosos lo tomarán por pretexto de nuevas diatribas, propalando que el Padre